

ENCUENTRO GENERACIONAL

LUIS BUCETA FACORRO

Catedrático

En el número 148 de *Cuadernos de Encuentro*, primavera 2022, hay un artículo de Arturo Pretel, con el título «Relevo Generacional, Sintonía entre Generaciones», que adelanto que lo avalo en su totalidad y considero muy acertado y conveniente en los momentos presentes de difícil catalogación. El tema es para mí apasionante y por ello me atrevo a entrar en él, sin crítica alguna al referente de Pretel, pero tratando de aportar, desde un punto de vista de psicología social, algo que entiendo puede ser interesante en esta cuestión.

Inicialmente, recuerdo, cuando Stefan Sweig, al principio de su obra *La Confusión de los Sentimientos*, para explicar su propia rebeldía y enfrentamiento inicial a su padre, la siguiente afirmación: «La naturaleza, siempre de acuerdo con su mística tarea, que es la de preservar el impulso creador, infunde en el niño aversión y desprecio por los gustos paternos. La naturaleza, no quiere una herencia cómoda e indolente, una mera trasmisión y repetición de una generación a otra; siempre establece, al principio, un contraste entre las gentes de idéntica naturaleza, y solo después de un penoso y fecundo rodeo permite a los descendientes encarrilarse en la vía de los antepasados» (Sweig, 2022.- 10).

Efectivamente, no se puede prescindir de la sabiduría y la experiencia de nuestros mayores, como indica Pretel, pues, añade, «sería un error por parte de los mayores pensara que su experiencia no puede servir a las nuevas generaciones de los video juegos y de la imagen... a pesar de las diferencias generacionales es imprescindible el dialogo intergeneracional». Sin embargo, este dialogo, desde el punto de vista psico-social tiene sus aristas y dificultades.

1. La Percepción de Estímulos

Teóricamente, inicialmente en nuestra vida, somos una especie de mente en blanco, que vamos llenando mediante la percepción de los estímulos que recibimos. Podríamos decir, siguiendo la afirmación evangélica, que en el caso de la psicología y de nuestro desarrollo personal, «en el principio es la percepción», en tanto en cuanto «que supone atención que selecciona y destaca unos estímulos de otros... y como el hecho perceptivo se consuma cuando estos estímulos se convierten en imágenes mentales que representan la forma de interiorización de lo percibido», como yo mismo en 1992, manifesté en mi obra *Fundamentos Psicosociales de la Información*. Estas imágenes mentales se acumulan, con mayor o menos intensidad, en la memoria y quedan archivadas y almacenadas. Estas imágenes van a constituir lo que llamamos marcos de referencia, que a su vez van a servir para procesar las nuevas situaciones y diferentes estímulos que vamos recibiendo a través de nuestra vida. Es decir, no vamos hacia la realidad en el vacío, vamos con lo que tenemos, que es toda nuestra estructura psicofísica, en la cual el aspecto psíquico está formado por nuestros contenidos mentales, que constituyen la experiencia concreta de cada persona.

Las dos grandes vías por las que recibimos información de la realidad son las vivencias directas personales y las vivencias que se nos transmiten. Las vivencias directas son todo aquello en que nosotros somos protagonistas directos y constituyen una experiencia particular y única del sujeto. Las vivencias que se nos transmiten constituyen la experiencia que otras personas tienen, bien mediante sus propias vivencias privativas o las recibidas, a su vez, de los antepasados. Constituyen vivencias que se han ido transformando en usos, costumbres, creencias, actitudes, formas de vida, en fin, todo lo que representa el contenido sociocultural de un grupo, empleando el término en el más amplio sentido que pueda interpretarse. Estas vivencias transmitidas son una herencia social y el conjunto de las vivencias directas y la herencia social, interiorizadas, constituyen la experiencia propia de cada persona. Representan los marcos de referencia con los cuales seguimos percibiendo la realidad en el continuo proceso de nuestra vida. Naturalmente, los marcos de referencia no son fijos ni inamovibles, pueden cambiar y cambian a medida que vamos adquiriendo más y nuevas experiencias, según las circunstancias y la herencia social se incrementa, produciendo, en determinados aspectos un cambio de actitudes, ideas y creencias que pueden influir en un cambio de conducta.

Las vivencias directas representan la importancia de vivir y muestran por qué la vida forma y desarrolla la personalidad por sí misma. Así se explica la madurez del adulto y la sabiduría del anciano, aunque tanto madurez como sabiduría no es una cuestión cuantitativa sino cualitativa, ni paralelamente, no es una cuestión de tiempo, sino de forma de captación de la realidad, de la intensidad de las situaciones vividas y de la variedad y calidad del medio y el ambiente en que se haya vivido. La herencia social como aquello que se nos transmite y recibimos en abundancia encarna la gran mayoría de lo que sabemos e incluso de lo que creemos. Conocimientos, usos, costumbres, valoraciones, etc., nos han sido transmitidos. El proceso educativo tanto familiar como escolar constituyen ámbitos en el que se transmite permanentemente, y con otros varios, entre los cuales están las relaciones interpersonales de la calle, son determinantes factores de socialización. Ambas vías pueden darse, en múltiples ocasiones, simultáneamente. Si leemos un libro tendremos la percepción directa del hecho de leer y la herencia social que percibimos del contenido del libro.

El elemento fundamental en la constitución de cada sujeto se encuentra en la comunicación con los otros, a través de un complejo proceso social, en el cual juega un importante papel el lenguaje. Hay un permanente diálogo intersubjetivo en una constante interacción entre las personas y de interrelación de cada uno con los medios de transmisión de herencia social. Cuando escribía sobre estos temas en 1992, señalaba que «independientemente de la actitud hacia ellos, hemos de pensar lo que representan los medios de comunicación de masas, el periódico, la radio, el cine y, sobretodo hoy, la televisión y video en la herencia social». Que tendríamos que decir hoy, sobre con la abundancia de información que se recibe mediante internet y teléfonos móviles, en continua comunicación y transmisión de imágenes, noticias y ocurrencias. Entre lo escrito entre 1992 y la realidad de hoy, que se intuye más intensa para el futuro, en sólo treinta años es de tal manera diferente que nos muestra la velocidad de cambio de perspectivas que se producen en nuestras sociedades.

Este amplio exordio, permite analizar las relaciones interrelacionales. Aunque brevemente y en sus líneas generales con evidentes múltiples matizaciones, que no

vienen al caso en estos momentos, permite comprender el desarrollo acumulativo y dinámico de la personalidad, siempre haciéndose y nunca acabada, las diversidades individuales, las generalizaciones sociales, el influjo social en el raciocinio y pensamiento humano. El concepto de marco de referencia se presenta como elemento central de este proceso, que, en consecuencia, aparece como las imágenes mentales interiorizadas de la realidad exterior percibida, los procesos interiores valorativos, actitudes, la interpretación de las circunstancias y la posible conducta adoptada en cada situación concreta.

2. Diferencias de Marcos de Referencia entre Jóvenes y Adultos

Al afrontar el estudio de las diferencias generacionales, su encuentro y relaciones, hemos de tener presente la disparidad en los marcos de referencia de adultos y jóvenes. El adulto, parte siempre de marcos de referencia acumulados a través de su experiencia, lo cual quiere decir que, a medida que pasan los años tiene más marcos de referencia acumulados que se basan en sus vivencias pasadas. El adulto parte del pasado y del presente, pero, normalmente, cuantos más años tiene más influye en él lo pasado, menos el presente y, prácticamente, poco o nada el futuro, ya que su vida esta encauzada y avanzada. Por el contrario, el joven parte siempre del presente y de su proyecto o visión de su futuro. El joven apenas tiene pasado, de aquí lo inoportuno que es el reproche, que, demasiadas veces, se le hace, para afirmar los argumentos de los adultos, de que no tiene experiencia, ya que ello es consecuencia lógica de los pocos años que ha vivido. Como consecuencia de esta manera de captar la realidad se producen diferentes visiones y concepciones entre adultos y jóvenes. Las generaciones adultas, cuando se encuentran con las jóvenes, están establecidas, con más o menos satisfacción y seguridad en la vida alcanzada, en una situación de bienestar lograda a través del esfuerzo realizado dentro de situaciones más o menos traumáticas. Son generaciones, en general y mayoría, satisfechas y orgullosas de lo que han conseguido, lo que explica que, normalmente, adopten una actitud cautelara, cuando no cerrada, con temor que los cambios puedan trastornar su vida y retroceder a situaciones difíciles pasadas. Los que así piensan suelen tener dos tipos de comportamiento negativo: El que podríamos entender simple conservadurismo, que trata de mantener las cosas como están, y el que podríamos llamar reaccionalismo que trata de volver al pasado ya inservible e irreversible. Junto a esta actitud cerrada también están aquellos adultos que, a pesar de las vivencias pasadas y sea cual sea su edad, conscientes del proceso dinámico y cambiante de la vida, captan las circunstancias de nuestro mundo y mirando hacia el futuro y preocupados por él, tratan de buscar soluciones adecuadas introduciendo los cambios que consideran necesarios. Esta actitud abierta pienso que, en sociedad, política, pensamiento y religión es la operativa y salvadora, especialmente en momentos de transformación tan profunda y dinámica como los que el mundo vive hoy. Naturalmente, aunque confusa y desfigurada, esta última es la actitud inicial del joven, que al no tener pasado está partiendo de su situación actual y nunca puede hacerlo desde los planteamientos de los adultos, por lo que, con más o menos intensidad, siempre habrá un discordancia entre jóvenes y adultos, con variados efectos, especialmente, en la familia, la vida social, las costumbres y la política.



Grupo de jóvenes de la actual generación

3. Transmisión de Experiencia

Cuando se trata de transmitir valores y forma de vida, psicológicamente, hay que señalar la imposibilidad de transmitir con exactitud de sentimientos, las vivencias propias a los demás. Es imposible que los que las reciben las sientan e interioricen como propias, porque las vivencias personales cuando se transmiten, el sujeto o los sujetos que las reciben lo hacen como herencia social y, aunque se comprendan, nunca serán vivencias directas. Los padres que transmiten su experiencia a los hijos, no captan que, para sus hijos, es una herencia social y la reciben como algo extraño que a ellos no les afecta. Esta distancia y extrañeza es más intensa cuando se trata de trasladar vivencias fuertemente traumáticas y negativas. Por ejemplo, si yo transmito, como niño de la guerra que soy, las vivencias personales de zozobra, preocupación, temores, duras situaciones y peligros vividos en nuestra Guerra Civil, los efectos de la Segunda Guerra Mundial o las duras carencias elementales de los años cuarenta del pasado siglo, a mis hijos y a mis nietos, aún emocionándose, lo reciben como algo lejano y pasado, como yo he recibido las experiencias de los que vivieron la Guerra de Cuba y el desastre de 1898.

La historia es un relato de situaciones, peripecias, sentimientos y creencias de una época, que pueden transmitirnos enseñanzas que nos afectan, pero nunca como vivencias directas. Esta situación es la que produce esa queja permanente de los adultos, especialmente de los padres y profesores, de que los hijos y alumnos no les entienden, pero en realidad somos nosotros, los adultos, los que no entendemos que no nos pueden entender como nosotros quisiéramos, porque, repito una vez más, lo que para nosotros fue una vivencia directa, para el hijo y el alumno es simple anécdota histórica y mera herencia social, que captan e interiorizan, pero imposible como vivencias propias.

Otro elemento que puede producir choque intergeneracional es el contraste entre las palabras y los hechos. Si formamos a unas juventudes en unos ideales y principios de igualdad, bienestar y fraternidad predicando una transformación social profunda, en orden aún mejor reparto de la riqueza, una igualdad de oportunidades, con una organización de la convivencia en la que realmente se respete y defienda la dignidad e integridad de las personas, intentando la liquidación de una sociedad cerrada basada, en su estructura, en los privilegios de la sangre o del dinero, para dar paso a una sociedad abierta basada en el esfuerzo, la capacidad y el espíritu de servicio a las personas, aunque los logros hayan sido espectaculares para los adultos, para los jóvenes que los disfrutaban les parecen incompletos y querrán hacerlos más reales y profundos. Los mismos ideales que movieron a los padres y los han llevado a grandes realizaciones positivas, produciendo generaciones adultas satisfechas por las metas alcanzadas, los jóvenes, que parten del presente quieren convertir esos principios teóricos, en realizaciones completas, reales y vitales. De este contraste puede resultar una actitud de rebeldía frente a la generación adulta. Como en su día, en 1968, ya señaló el profesor Adolfo Muñoz Alonso: «La rebeldía de la juventud actual encuentra su fundamento explicativo en querer actuar en niveles de situación las ideas y valores defendidos por los mayores a niveles de principio. La violencia de la juventud es el diccionario que maneja para estas traducciones porque no encuentra fácilmente otro instrumento válido para su versión» (Muñoz-Alonso, cita en Buceta, 1976; 24).

Con respecto a este contraste, Ortega y Gasset indicó que «la vida tiene la condición inexorable de cansarse, de embotarse para un estímulo y, al propio tiempo, rehabilitarse para el estímulo opuesto» (Ortega y Gasset, 1990; 262). Como consecuencia, la quietud y la conformidad de los adultos, nos presenta como contrapeso, la acción y exigencia de innovación y cambio de los jóvenes. Son potencias antagónicas que representan formas distintas de vivir y, de alguna manera, producen colisión. Es preciso recordar, en este momento, que lo que ocurre con los cambios y las innovaciones es que lo que tienen de incitante para unos lo tienen de inquietante para otros.

4. Cambios Tecnológicos y Brecha Generacional

Al hilo de lo tratado, es preciso tener en cuenta, también, la aceleración de los cambios que se van produciendo, especialmente, los cambios en la tecnología que se suceden cada vez con más rapidez. Ante esta aceleración los jóvenes presentan una gran ventaja adaptativa, con lo que se abre una brecha entre jóvenes y adultos, brecha cada vez más honda cuanto mayor es la edad de los adultos, de forma que por primera vez se produce el fenómeno de que son los jóvenes los que enseñan a los mayores. La distancia, desde el punto de vista del dominio de la técnica comunicativa entre mi persona y mis nietos es abismal, de manera que la mayoría de lo que ellos dominan, para mí es absolutamente desconocido. A estas consideraciones, el profesor José Luis Pinillos, en su obra *La Psicología y el Hombre de Hoy*, en 1983, ya señaló el hecho de la aceleración que el proceso de desarrollo psicofísico de los chicos parece experimentar, de forma que «la pubertad y la adolescencia se adelantan; las niñas se hacen mujeres antes, los chicos alcanzan su madurez física antes, los problemas sexuales, religiosos, politico-sociales, familiares, aparecen antes» (Pinillos, J. L. - 1983; 348). En consecuencia, todo ello afecta a posibles conflictos con los padres y demás figuras de autoridad.

Políticamente, hay una percepción diferente entre jóvenes y adultos. Por parte de los jóvenes, nos señala Pinillos, se sienten gobernados por unas generaciones que consideran poco aptas para afrontar con agilidad los enormes problemas que plantea el mundo moderno, y, a su vez, por parte de los adultos, cuadros dirigentes que gobiernan la sociedad actual, no se sienten dispuestos a ceder el mando, ni consideran suficientemente preparados a los jóvenes para participar en la toma de decisiones importantes. Si bien, pues, hay una mejor adaptación a los cambios por parte de los jóvenes, los mayores se defienden opinando que la facilidad de adaptación no comporta una plena comprensión de su significado y alcance. En esta situación de disparidad de percepciones, es comprensible que el conflicto se produzca. Al día de hoy, esta visión manifestada por Pinillos en 1983, se ha acentuado con el desprecio a los mayores, especialmente a viejos y ancianos. Me permito una digresión a mí entender necesaria. Hay que distinguir, como muchas veces nos dijo nuestro entrañable amigo Enrique de Aguinaga, entre viejo y anciano. La vejez supone deterioro psicofísico, mientras que la ancianidad representa acumulación de años y significa venerabilidad por conocimiento y experiencia. Primitivamente, las comunidades humanas estaban regidas por el consejo de ancianos. En las democracias modernas, el Senado debía estar compuesto por mayores de 60 años y no por adultos cuarenteños.

Dejando la digresión, volviendo a nuestro tema, el desarrollo e imposición técnica puede producir un precio psicosocial muy alto y negativo. Ya en 1983, con esa intuición que vamos viendo del profesor Pinillos, al que siempre he tenido como mi maestro, a este respecto, desvela que «el progreso técnico, tal y como de hecho se lleva a cabo, propende a difundir una automatización de la vida, una facilitación automática tal de los deseos (la técnica lo hace por usted), que hacen que la intencionalidad humana se distienda, se relaje, pierdan valor los incentivos que nos mueven a actuar, se cieguen el manantial del esfuerzo, la raíz de la «lucha por la vida», y se adopte una actitud pasiva y receptiva, que no concede valor a nada porque todo es demasiado fácil de conseguir» (Pinillos, J.L. - 1983; 352). Hoy día, y en el proceso de deterioro al que estamos asistiendo, vemos cómo una sociedad opulenta, mal concebida, un progreso no bien utilizado, puede conducir a lo contrario de lo que pretendía, y en vez de paz, alegría y felicidad, puede llevar a una actitud de hastío, aburrimiento e indolencia, buscando, desgraciadamente, en sustancias alucinógenas, en la velocidad y actos destructivos absurdos, las sensaciones que las ganas de vivir y de servir debieran proporcionar. Considero que, a mi entender, Pinillos se acercó con su intuición a lo que estamos viviendo y la pasividad individualista de los jóvenes, en nuestro momento, fomentada desde ciertos movimientos populistas destructivos desde el propio gobierno, lo corroboran.

4. Reflexiones Finales

He desarrollado algunos elementos psicosociales que pueden ser perturbadores para una buena sintonía entre generaciones, realidades que, evidentemente, hay que tener en cuenta en el esfuerzo continuo que hemos de realizar para mantener un constante diálogo con las nuevas generaciones. Hemos de ser conscientes que, con más o menos intensidad, siempre habrá una disparidad ente jóvenes y adultos. La sintonía perfecta nunca la hubo y nunca la habrá. Pero es imprescindible, como lo recuerda Pretel, el

diálogo intergeneracional y la responsabilidad de que no se interrumpa corresponde a los adultos. Aunque los adultos sientan que no hay diálogo si no monólogo en el cual el joven parece que solo nos mira y escucha indiferente, hay que transmitir continua e insistentemente, pues la semilla va quedando y con los años y la realidad de la vida, fructificará, nunca de la misma forma, pero sí en su significado. Nunca lo mismo pero sí el mismo. En el momento actual que la vida se alarga, son varias las generaciones que coinciden y ello que constituye una ventaja para un amplio encuentro de padres a hijos y abuelos a hijos y nietos, presenta el inconveniente de la distancia entre nietos y abuelos.

Para un positivo diálogo, la familia y la escuela ha sido siempre fundamental, pero hoy ambas instituciones están deterioradas. La escuela apenas instruye y escasamente educa, lo que nos llevaría a que la familia se hubiera convertido en la célula imprescindible de transmisión de valores y formas de vida. La responsabilidad de los padres es mucho mayor que en tiempos pasados pero, sin embargo, sus actitudes y comportamientos no son los más adecuados para esta función. Es curioso que, en estos momentos, ante las evidentes deficiencias de familia y escuela, donde más se está educando es en el trabajo que aún exige formas estrictas de comportamiento. De estos factores habla también Pretel y quiero destacar su afirmación de que «la mejor vía de transmisión de valores es el ejemplo». La ejemplaridad da autoridad y queda grabada en las mentes que la contemplan. La responsabilidad de la ejemplaridad es de los adultos y es imprescindible en el encuentro generacional. Desafortunadamente, nuestros medios de comunicación presentan ejemplos humanos que, realmente, no sirven como modelo de ejemplaridad, cuando existen personas verdaderamente ejemplares, a todos los niveles, que son obviadas y silenciadas.

Considero que, de una forma u otra, con sus más y sus menos, una cierta y constante sintonía entre generaciones se viene dando y forma parte del misterio del proceso histórico. Hay una fuerza, podemos llamar instinto, natural que conduce a una adecuada maduración y autoconciencia, por lo que, como cristiano, tengo la firme esperanza que continuará dándose una positiva y acoplada armonía entre generaciones, a pesar de las difíciles situaciones que hay que superar.

Bibliografía

Buceta, L. (1992): *Fundamentos Psicosociales de la Información*. Editorial Centro de Estudios Ramón Areces, Madrid.

Muñoz-Alonso, A. (1968): Encuesta del periódico YA. Cita en el prólogo de la segunda edición de Buceta, L. (1976), *La Juventud ante los Problemas Sociales*. Doncel, Madrid.

Ortega y Gasset, J. (1990): *La Rebelión de las Masas*. Revista de Occidente en Alianza Editorial, Madrid.

Pinillos, J. L. (1983): *La Psicología y el Hombre de Hoy*. Trillas, México.

Pretel, A. (2022): «Relevo Generacional, Sintonía Entre Generaciones». Revista *Cuadernos de Encuentro*, Número 148. Madrid.

Sweig, S. (2022): *La Confusión de los sentimientos*. Laertes. ●